

# PRESENTACIÓN

Sonia Arribas y Fernando Bayón

*Coordinadores*

# PRESENTATION

## 1.

EL TERCER REICH barrió por completo los impulsos transformadores de la intelectualidad alemana de entreguerras: la creencia en que su resistencia política, artística y reflexiva pondría algún tipo de freno a los salvajes excesos del nacionalsocialismo. A los distintos países de acogida se llevó tan sólo en sus maletas el pesado y amargo sabor de la derrota y, con ella, los pocos utensilios que pudo recoger en su partida y con urgencia para articular muy precariamente la experiencia del exilio.

Abrimos este número dedicado a los exilios republicanos (Weimar y España) con la experiencia de unos pocos de ellos, unos cuantos intelectuales de entre "lo mejor de Alemania" (Heinrich Mann) que nos darán su particular voz sobre la vivencia de la diáspora desde ámbitos como la sociología, la música, la arquitectura, la literatura y la filosofía, aquí disciplinas todas ellas completamente imbricadas. Primero desde la incertidumbre de las agitadas y peligrosas transformaciones políticas de la república, y después desde la impotencia de su forzada marcha, seguimos y analizamos aquí las vidas y obras de quienes tuvieron ante sus ojos el progresivo hundimiento y ruina de su país de origen, de quienes fueron supervivientes de una época, testigos posteriores del comienzo de otra. Exilados en Europa, Estados Unidos, Asia, Israel... que desde la distancia nos ofrecen una historia de la desesperación, el derrumbe y la desolación, pero también de la resistencia, la lucha y la anticipación de lo que pudo haber sido de otro modo. También de la incertidumbre, del ver que la historia se gesta día a día sin miramientos con el pasado. Y de la constatación, como ya escribiría Theodor W. Adorno en referencia a su desaparecido amigo Walter Benjamin, de que inteligencia y chispa son inútiles cuando se enfren-

tan a un poder que aspira a aniquilar la autonomía. Pero también del retorno, de la vuelta a empezar de cero, de la prolongación de la vida más allá de lo sufrible en un país convertido en ruinas.

Los testimonios del exilio sirven así para ofrecernos retrospectivamente una historia o serie de historias sobre la República de Weimar, de su incapacidad para establecerse como una democracia genuina, de su no lograda revolución, de lo que pudo haber significado efectivamente una revolución internacional. Cuando los partidos obreros fueron conminados desde Moscú a no ofrecer resistencia a Hitler se certificó sin remedio su muerte y con ésta se minaron definitivamente las esperanzas y anhelos de generaciones de demócratas. Los sucesos evolucionaron vertiginosamente. La clase obrera era absorbida de un día para otro en las nuevas formaciones comunitarias nazis, el poder empresarial crecía a expensas de las reformas y medidas sociales logradas históricamente, el Estado se militarizaba y oligarquizaba... y las clases medias independientes, a las que pertenecían muchos de los intelectuales de nuestras historias, se iban lenta pero progresivamente arianizando, transformando brutalmente su antisemitismo en la peor pesadilla de la historia. ¿Hasta qué punto podían andar el pensar y el crear al paso acelerado de los tiempos? ¿Qué recursos tenían la teoría o el arte para situarse políticamente y dirigirse a la acción? ¿Había tiempo en medio de la convulsión de la lucha para ejercer la labor de la autorreflexión característica del intelectual?

Las relaciones con la cultura de los países de acogida no pudieron ser sino ambivalentes. Pues ni se les abrieron las puertas completamente, ni se les ofrecieron sin más las posibilidades negadas en Alemania. Había que adaptarse a las nuevas condiciones, sobrevivir en ellas. La amenaza de

muerte que abandonaron fue sustituida en muchos casos por la amenaza de una vida menesterosa, sin recursos. Y el peligro de supervivencia se convertiría frecuentemente en un saber maniobrar en una sociedad desconocida que les demandaba su adaptación. Se sacrificaba la rota identidad por la obtención de cierta seguridad, siendo ésta a veces una muy añorada compensación frente a la barbarie, otras una mera acompañante frágil que fácilmente se les podía volver a escapar de las manos. Pues los problemas políticos, legales y monetarios no cesaron en muchos casos con la huida.

¿Qué decir asimismo del penoso reencuentro con la patria? ¿Fueron escuchados en tanto que exiliados o se les negó también esta identidad como condición de un regreso sin demasiadas perturbaciones? ¿Se consiguió la completa rehabilitación de los que se marcharon? La vuelta a la Alemania destruida significó el silenciamiento por partida doble de muchas voces políticas, movimientos y tradiciones culturales y artísticas que antes de la guerra vibraban vitalmente: el exilio se convertía así en metáfora –contemporánea– de la condición doblemente reprimida de anhelos no cumplidos y de imposibilidades encarnadas. Y la concomitante renuncia a ciertas posiciones vanguardistas, a ciertos posicionamientos explícita o implícitamente políticos, según los casos, que antes del éxodo habían sido defendidos con denuedo.

Contamos con las vivencias de artistas, filósofos y sociólogos de primer orden que hicieron de su misma condición de exiliados su objeto de reflexión: que viviendo en sus mismas carnes la experiencia maldita de la legalización de la barbarie y el terror redactaron panfletos, escribieron historias, compusieron música y se dirigieron a un público para hacer ver que en ellos latían como una pulsión imborrable los experimentos tumultuosos de una generación. Ellos nos muestran las posibilidades perdidas, las crisis y el fracaso final de la República de Weimar, pero también los restos de las pequeñas victorias, sus obras, que aún nos orientan.

## 2.

EN EL CASO DE ESPAÑA, desde las primeras y sucesivas crisis institucionales que convulsionaron a la Segunda Re-

pública, el exilio fue la alternativa o la estrategia por la que se decidieron muchas de las personalidades políticas más relevantes durante la dictadura de Primo de Rivera. La Constitución de 1931 forzó, claro, el exilio en primer lugar del rey Alfonso XIII (*mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos*, según las rocambolosas palabras que le escribiera su historiador, y Duque, Maura Gamazo); y fue la suerte elegida, como ejemplo eminente dentro de la derecha española alternativa a Gil Robles, por representantes tan connotados de la labor ministerial *primorriverista* como José Calvo Sotelo, quien habría de regresar a España sin embargo bajo el bienio de la CEDA para fundar de paso el Bloque Nacional, azuzar a los que la señora Ibárruri denominaba *generalitos reaccionarios* y litigar con argumentos a veces profascistas y, también, anticapitalistas, contra el Presidente del Consejo de Ministros Casares Quiroga en las fechas póstumas del Frente Popular y en sesiones parlamentarias de importantísima oratoria [del diario de sesiones de 16 de junio de 1936: *España no es esto. Ni esto es España. (...) España padece el fetichismo de la turbamulta, que no es el pueblo, sino que es la contrafigura caricaturesca del pueblo. Son muchos los que con énfasis salen por ahí gritando: "¡Somos los más!" Grito de tribu –pienso yo–; porque el de la civilización sólo daría derecho al énfasis cuando se pudiera gritar: "¡Somos los mejores!", y los mejores, casi siempre, son los menos (...) Esos vivos al ejército rojo quieren ser, quizá, una añagaza para disimular ciertas perspectivas bien sombrías sobre lo que quedaría de las instituciones militares actuales en el supuesto de que triunfase vuestra doctrina comunista. Pero no caben despistes. De los jefes, oficiales y clases del Ejército zarista, ¿cuántos militan y figuran en las filas del ejército rojo? Muchos murieron pasados a cuchillo, otros murieron de hambre; otros pasean su melancolía conduciendo taxis en París o cantando canciones del Volga. (Risas.)]. En una España definitivamente tensionada tras el asesinato del teniente Castillo la noche antes, Calvo Sotelo fue asesinado por Luis Cuenca, del servicio de seguridad de Indalecio Prieto, apenas a cuatro días del levantamiento militar que tomó en parte su muerte por argumento y habría de elevarlo a protomártir del Movimiento.*

Es sólo un caso *de antes de la guerra*. Un caso de la República. El exilio, que tantas veces ha sido visto en cierta ingenua historiografía como el marchamo de la decencia

política o el infortunio que acreditaba la integridad moral, tuvo en la España de la Segunda República a ciertos incómodos protagonistas, que son los predecesores que no conviene olvidar. Sobre todo, para marcar diferencias, para contrastar estilos, para distinguir al estratega del amenazado, al cínico de la víctima: el exilio del déspota tras la victoria de la democracia no tiene la misma significación política que el exilio del demócrata cuando quien vence es el despotismo. Es cierto que en uno y otro caso el exilio es una institución política que resulta de la relegación a una posición amenazada, peligrosa y débil tras una renovación en el concierto de fuerzas en el poder. Y que, lejos de santificar a nadie, el exilio es síntoma y efecto de un trauma en el poder político. Esta condición traumática del exilio no debería movernos a pensar que estamos sólo ante un caso exacerbado y quizá doloroso de la dimensión política de la vida, cuya teoría dominante es la del perpetuo conflicto.

Sería un error: si algo saca a la luz cualquier exilio forzoso es, precisamente, la derrota de la política bajo el peso literal y asesino de una ontología de la inclusión y la exclusión, de una lógica del amigo y el enemigo olvidada de sus sublimaciones democráticas. Y esto es algo que se constata de forma diferencial tras el golpe militar a la República, la Guerra Civil española y la dictadura nacional de todo punto repugnante que la siguió: el exilio no es la institución de supervivencia a que se acogieron los derrotados políticos españoles sino el efecto de una derrota institucional de la propia libertad política en España.

Los exiliados españoles del 39 no se pusieron sin más a recaudo de una amenaza mortal, llevaron consigo la marca excepcional de una ausencia, que no es la de la Nación o la Patria, sino la de la propia libertad política republicana, que tuvieron que hacer valer en la distancia, de forma críticamente desarraigada. Desarraigada, he dicho, asumiendo acaso un compromiso semántico excesivo. Pues si algo ayuda a discutir y replantear este número de la revista *ARBOR* es justamente esas metáforas con que imaginamos el exilio: y aunque, como se habrá podido comprobar, queremos salir *políticamente* al paso de esas aproximaciones al exilio predominantemente culturalistas, que acaban convirtiéndolo en un festín internacional del mestizaje, no podemos pasar por alto que el exilio español tras la debacle republicana resulta en un conjunto riquísimo de procesos de inculturación e intercambio que exigen un régimen lingüístico de interpretación tan plural

y hasta contendiente como plurales (y hasta contendientes) fueron las actitudes y compromisos de los exilados. El agón entre los *desterrados* y los *trasterrados*, por ejemplo, lejos de ser un bizantinismo semántico saca a relucir cómo a todos los exilios, en inevitable plural, les subyace una filosofía de la identidad y de las formas de pertenencia que brota y compite precisamente allí donde la identidad se problematiza del modo más radical y en el momento en que las formas de pertenencia se descoyuntan de la forma más violenta.

Los trabajos que presentamos a continuación abordan el exilio del 39 generando una discusión interdisciplinar (algo imprescindible si tomamos en serio cómo cualquier investigación en torno al exilio compromete aspectos políticos, históricos, éticos, científicos y aun psicológicos, entre otros) que saca a la superficie una gama suficientemente amplia de problemas y variaciones indexados al exilio español, sin participar de ese tratamiento en exceso genérico del que éste a veces ha sido paciente, por incomodidad científica o prejuicio político. Entre otras, hay determinadas líneas de investigación de las que hemos querido dar un testimonio muy especial. Por ejemplo, se vuelve necesario promover cierta sensibilidad hacia el estudio de las transformaciones producidas por los exilados en las mismas estructuras socioculturales de los países receptores, muy en particular latinoamericanos. Pues el exilio se acaba convirtiendo las más de las veces en una herramienta crítica y transformativa mucho más allá de los avatares individuales: afectando a los países de acogida de un modo que trastorna y al par enriquece, que conmociona y al tiempo dinamiza. El exilio es una herida que complejifica la identidad individual y colectiva, en su *doble* horizonte de origen y destino: a algunos esa "complejidad" les sonará a trampa o eufemismo, a otros en cambio como el hecho más distintivo y esperanzador del proceso.

Y esto habrá que tenerlo en consideración no sólo cuando de lo que se habla es de ese exilio de élites intelectuales a que se suele reducir exquisitamente el fenómeno de los desterrados del 39 en el brutal imaginario español. Obviamente, los literatos, los filósofos, los profesores, los juristas, fueron algunos de los profesionales mejor equipados para narrar (y pagarse) el exilio, elaborando en torno a sus experiencias una serie de interpretaciones y actitudes probablemente inconmensurables: aquí quedarán por igual retratados la desesperación del derrotado y cierto posibi-

lismo cosmopolita, la rabia del políticamente anulado y la esperanza del descubridor de oportunidades, la ideología de la pérdida y la de la hibridación, en un cuadro imposible de contraer a un sólo código emotivo ni a un sólo color ideológico. Y de ello queda testimonio, creemos, en este número.

Como queda también de un tema que hemos considerado central: ocuparse de los exilados es, siempre, hacer doblemente memoria. Hacer memoria de la memoria. Cuando en España se progresaba conforme a la dictaduras del nacional-catolicismo, sus cánones góticos miserables, sus artesanías de la pobreza, sus tecnocracias de paja y olvido, hubo otra España transterritorial, crítica y herida que, mayormente sin paralíticas nostalgias ni hacer causa de la mítica adulación de los orígenes perdidos, siguió trabajando y pensando la nación más allá de los principios identitarios de la Autenticidad, la Fe y la Tierra. Y no se puede narrar la historia del arte, la política y la ciencia españolas sin asumir con toda la propiedad el legado crítico de los amenazados, los ausentes, los expulsados, los refugiados. Del exiliado. De esa España que no cupo en España. Y para la cual hasta la misma posibilidad de regresar se le volvió el acontecimiento más complicado, lleno de ambivalencias y desubicaciones, expectativas y temores.

Los exiliados republicanos demostraron que España era una nación rota: y, al mismo tiempo, fueron ellos quienes comenzaron a hacer de España un país abierto. A muchos les llevará décadas asimilar esta dimensión intercultural del trauma. Un exilio, de inteligencia –o *masa crítica*, como se prefiere hoy día–, de trabajadores, maestros, médicos

y funcionarios, con sus familias, que proliferó bajo condiciones difíciles, pues la mayoría no tuvo su *Winnipeg*, ese poema que no podrá borrar nadie, sino camarotes de incomunicación para *rojos* en buques atestados; ni llegaron a un Colegio de España, sino a pensiones y cuartos de conventillos como los de la Avda. de Mayo de Buenos Aires, para quedarse a vivir en un continente, el americano, que tiene el derecho sobrado de hacerse copartícipe a la hora de narrar *a sus modos* el exilio español, tal como hemos pretendido recoger también en parte en este monográfico.

Un volumen que es iniciativa del Proyecto de Investigación financiado por el MICINN dentro del Plan Nacional de I+D "Memoria cultural e identidades fronterizas. Entre la construcción narrativa y el giro icónico" (FFI2008-05054-CO2-01/FISO), que ha tomado el relevo de "Identidades, migraciones y exilios en la cultura europea contemporánea" (HUM-2005-05506-02-01), y a cuyo investigador principal, José M.<sup>a</sup> González García, los editores queremos transmitir nuestro agradecimiento más personal, pues lo mejor del trabajo aquí realizado está en deuda con sus orientaciones y su aliento. También mención muy especial para el director de la revista que nos acoge tan generosamente, Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, a quien propiamente debemos la iniciativa de sacar adelante un número como éste en que de una manera tan focalizada se desea mantener vivo el diálogo crítico entre la historia española que mira a Iberoamérica y algunos de los fenómenos más decisivos política, filosófica y culturalmente de centroeuropa. Y a los autores, nuestro mayor agradecimiento, por su colaboración y su compromiso.